

Me quedo contigo

Kris L. Jordan



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#mequedocontigo

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Me quedo contigo*

Autor: © Kris L. Jordan

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-69-7

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-70-3

ISBN Digital: 978-84-15747-71-0

Fecha de publicación: Septiembre 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-18962-2015

Para todos los que me apoyáis en mi aventura.
Mi familia, amigos lejanos y cercanos
y para ti que vas a leer este libro.
¡Bienvenidos a mi pequeño mundo!

Índice



Capítulo 1. ¡¡Chas!! Y aparezco a tu lado	11
Capítulo 2. Y nos dieron las diez.....	19
Capítulo 3. Hoy no me puedo levantar	33
Capítulo 4. No me importa nada	39
Capítulo 5. Ni tú ni nadie.....	43
Capítulo 6. Aquellas pequeñas cosas	51
Capítulo 7. Ave Lucía	57
Capítulo 8. Sin ti no soy nada	63
Capítulo 9. Un beso y una flor	69
Capítulo 10. A quién le importa	77
Capítulo 11. Corazón partío	83
Capítulo 12. Cadillac solitario.....	91
Capítulo 13. Cómo pudiste hacerme esto a mí.....	97
Capítulo 14. Cómo hablar	107

Capítulo 15. Me moría por ella.....	117
Capítulo 16. Déjame.....	127
Capítulo 17. Pongamos que hablo de Madrid	135
Capítulo 18. Qué bonita la vida	147
Capítulo 19. Entre mis recuerdos.....	153
Capítulo 20. Cero.....	163
Capítulo 21. Mi pequeño tesoro	169
Capítulo 22. Si pudiera caminar sin ti.....	175
Capítulo 23. Historias de amor.....	183
Capítulo 24. Valió la pena	189
Capítulo 25. Blanca Navidad.....	199
Capítulo 26. Un año más.....	211
Capítulo 27. Me colé en una fiesta.....	215
Capítulo 28. Y, ¿si fuera ella?.....	221
Capítulo 29. Vivir lo nuestro.....	229
Capítulo 30. Tu amor me hace bien	235
Capítulo 31. Te necesito.....	245
Capítulo 32. Pero a tu lado	255
Capítulo 33. Ella vive en mí.....	269
Capítulo 34. Vivir mi vida.....	273
Capítulo 35. Qué precio tiene el cielo.....	277
Agradecimientos	285

1

¡¡Chas!! Y aparezco a tu lado



—¡Oh, Dios mío, mira con disimulo quién acaba de entrar!
¡Te lo dije, te dije que nos lo encontraríamos!

Luna se dio la vuelta de inmediato y fijó sus ojos en el hombre que en ese momento cruzaba la puerta.

—¡Te he dicho con disimulo! —Lola la reprendió.

—¡Joder, me va a dar algo! —En esos momentos hubiera deseado poder meterse bajo la mesa para desaparecer de su vista.

—¡Pero mira que está bueno!

—Disimula un poco y no grites tanto que te van a oír.

—¡Fíjate en su culito prieto y respingón!

Las dos se quedaron observando dicha parte de la anatomía de Víctor, aprovechando que estaba de espaldas apoyado en la barra pidiendo las bebidas.

—Sí, es perfecto —suspiró Luna.

—No sé cómo puedes llevar ya un año trabajando para él y no haber intentado nada, chica, no lo entiendo.

—No seas burra. ¡Es mi jefe!

—¿Y?

—Pues... no estaría bien.

—¡Va, tonterías!

—Claro, como tú pasas de todo. Pero existe una ética...

—No seas pesada, guapa. Ante semejante maromo la ética me la paso yo por...

☞ Me quedo contigo

—Calla, no lo digas —la interrumpió Luna antes de que dijera una de sus burradas.

—Además, yo no soy como tú que siempre estás pensando en el sexo.

—¿Y qué otra cosa hay? Deberías practicarlo más a menudo, tendrías un cutis más suave y una sonrisa en los labios.

—Mi cutis es perfecto.

—Vale, lo que tú digas. De todas formas, te dije que corríamos peligro de encontrarnos con él aquí —dijo cambiando de tema.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo repitas más. Pero tenía tantas ganas de celebrar que por fin me he sacado el carné de conducir... —sonrió feliz—: Y... ¿Cómo narices sabes tú dónde come?

—Porque yo sé muchas cosas. —Puso esa sonrisa enigmática que tanto irritaba a su amiga.

—Sabes más de mi jefe que yo.

—Sé cosas de todo el mundo que trabaja en este edificio, por algo soy la peluquera de la mitad del personal. Vienen, se tiñen, se cortan el pelo y hablan. Me cuentan de todo, todos los cotilleos y noticias frescas. —Sonrió alegremente y se metió una patata en la boca con chulería.

—Y a ti como no te gusta cotillar nada, ¿verdad? —preguntó con ironía.

—No, a mí no. —Soltó una fuerte carcajada mientras ponía una dulce mirada inocente—. ¡Oh, Dios mío! —Su cara de susto preocupó a Luna.

—¿Qué pasa?

—¡Viene mi chico! —Dio palmas como una loca.

Luna intentó disimular y se dio la vuelta. Observó cómo Marcos también entraba por la puerta del restaurante y se acercaba a su hermano Víctor.

—¿Tu chico? Pero si ni siquiera te hace caso.

—Sí me lo hace y mucho. Está loco por mí, tan sólo le cuesta aceptarlo.

—Y tanto, llevas un año provocándole y él pasa de ti.

—No pasa de mí, lo puedo ver en sus ojos, en su forma de mirarme. Me desea, pero es tan cerrado de mollera que no se decide a dar el paso. Aunque sé perfectamente que lo

conseguiré, tarde o temprano tendré ese cuerpazo entre mis sábanas y pienso saborearlo...

—Conociéndote no me queda la menor duda de que así será. Pobre chico, está perdido. —Las dos rieron a carcajadas.

De repente Lola cerró con fuerza la boca, trató de ocultarla con una servilleta y le dijo a su amiga:

—Vienen hacia nuestra mesa.

Luna deseó de nuevo desaparecer, ya era bastante castigo ver a Víctor día a día. Le gustaba y mucho. Se sintió atraída por él casi desde el primer momento en que le vio con su traje gris marenngo, impecable y a medida. Tan guapo, tan *sexy*, con ese carácter tan afable que traía de cabeza a todas las féminas en metros a la redonda.

—Buenas tardes, Luna y compañía —dijo Víctor al pasar junto a la mesa de las chicas.

Se quedó mirándola con disimulo, le parecía una mujer muy atractiva. Hoy estaba especialmente guapa con su pelo negro recogido en un moño bajo, su discreto maquillaje y su sonrisa.

Siempre iba muy bien vestida y conjuntada. Esa falda azul oscura que llevaba era su preferida, le volvía loco porque se ajustaba a su trasero y marcaba las caderas. Para rematar se había puesto una blusa blanca con un generoso escote. Si no fuese porque era su secretaria e imponía un total distanciamiento entre ellos, hacía tiempo que hubiese intentado algo.

A Luna, Víctor le parecía un hombre muy atractivo y deseable, pero era fiel a sus principios, a su sentido común. Y este le decía que no era nada bueno mezclar placer con trabajo, esa combinación tarde o temprano se volvía en contra, tanto del negocio como de la vida privada.

—Buenas tardes, señor Amorós. —Siempre le trataba de manera formal, a pesar de que llevaban trabajando juntos desde hacía ya un año y que casi tenían la misma edad.

Víctor sonrió de esa manera que la volvía loca, su boca se torcía hacia el lado derecho, sus ojos brillaban juguetones y unos preciosos hoyuelos se le formaban en las mejillas.

—Hola, guapo —soltó con descaro Lola mirando traviesa a Marcos.

—Hola —dijo secamente el hermano pequeño y socio de Víctor. Se le notaba incómodo, deseoso de dejar a las dos mujeres y sentarse en la mesa que tenían reservada.

Marcos era muy discreto, en ciertas ocasiones, incluso desagradable. Su carácter difícil nada tenía que ver con el de su hermano que era extrovertido y jovial.

—Pasadlo bien, chicas —se despidió Víctor y, seguido por su hermano, se encaminó hacia su mesa.

—Te juro que ese tío parece que tiene un palo metido por el culo —dijo Lola mientras señalaba con la cabeza a Marcos.

—No seas bruta y baja la voz. ¡Te va a escuchar!

Lola le guiñó un ojo, eso era precisamente lo que pretendía. Le encantaba provocarlo, ponerle cardiaco en todos los sentidos. Se divertía a su costa y disfrutaba como una loca.

¡Claro que la había escuchado! No podía verle la cara pero se había parado en seco, tenía los puños apretados y si eso no era suficiente para confirmar su sospecha, Víctor había lanzado una carcajada.

Marcos no se dio la vuelta para enfrentarse al desagradable comentario de Lola porque, como siempre decía, tenía mucha educación y esa mujer no merecía ningún tipo de consideración por su parte.

—No sé por qué te ríes, no le veo la gracia —protestó enfadado.

—A mí sí me la hace —Víctor no podía parar de reír, incluso sus ojos lagrimeaban.

—Claro, a ti todo lo que sea insultarme te hace gracia.

—Pues sí.

Ambos hermanos eran inseparables desde pequeños. No se llevaban más que un par de años y, aunque discutían mucho, no podían estar el uno sin el otro. Sus diferentes caracteres se complementaban a la perfección y sobre todo les ayudaba en los negocios. Todo de lo que carecía Marcos lo tenía Víctor y viceversa. Esto les había ayudado de manera que con tan sólo los treinta y cinco años de Víctor y los treinta y tres de Marcos habían recibido el premio Empresario del Año y tenían cinco franquicias de sus gimnasios por todo Madrid.

—Esa mujer me saca de mis casillas. —Marcos por fin se atrevió a mirarla, ella estaba comiendo tan tranquila, como si nada.

Agradeció que su mesa estuviera retirada, así no tenía que soportar escuchar de nuevo su voz chillona y desagradable.

—No se nota —dijo Víctor divertido. Disfrutaba llevándole la contraria.

—¿Cómo que no se nota?

—No. —Le miró con una gran sonrisa en la boca.

—No entiendo por qué dices eso. —A su habitual gesto de enfado se añadió una gran arruga que surcó su frente.

—Pues sencillo, hermano. Dices que no la soportas y todos los meses vas a que te corte el pelo.

Marcos se puso colorado y bajó la mirada intentando rehuir la de su hermano, señal inequívoca de que iba a lanzar alguna mentira.

—Pues... pues voy porque corta muy bien el pelo. Es desagradable, descarada e insoportable, pero muy buena peluquera.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Reconócelo, te gusta, te pone —bajó la voz, le guiñó un ojo y le sonrió con picardía.

—Estás loco. —Le miró con los ojos muy abiertos—. Pero... pero... ¿Cómo me va a gustar? Tú la has visto... con esos tatuajes y ese... ese *piercing* en la nariz. ¿Ponerme?... —pronunció la palabra como si fuera una blasfemia y soltó un fuerte resoplido.

—Sí, claro, lo que tú digas —dijo sin ninguna convicción.

—No me gusta tu tono. —El deje burlón con el que le hablaba su hermano le sacaba siempre de quicio.

—Será mejor que lo dejemos.

—Sí, mejor.

—Cuando llegue el cliente sé agradable —dijo Víctor cambiando de tema.

Se sentaron y encargaron las bebidas mientras esperaban a Roberto Vázquez, un empresario valenciano interesado en formar parte de la empresa de los hermanos. Habían cerrado ya el contrato y todo estaba en marcha, pero necesitaban darle un trato especial ya que ese cliente era muy importante. Había realizado una fuerte inversión y pensaba abrir otro gimnasio más en Valencia.

Los hermanos deseaban expandir su negocio y llenar toda España de H. A. Gym, ese era el nombre de sus locales, el negocio familiar que ambos habían montado y que gestionaban codo con codo.

—Yo siempre soy agradable.

—Estás de coña, ¿verdad? —Víctor le miró con asombro. Agradable era una palabra que no le definía en absoluto y menos cuando se trataba de socializar con otras personas.

Marcos siempre estaba serio y era muy reservado, le costaba incluso sonreír, pero era la cabeza del negocio. Bueno en el papeleo, en la administración de los fondos y los recursos, era la persona menos indicada para el trato personal pues no tenía ni paciencia, ni don de gentes pero, sin lugar a dudas, no había nadie como él a la hora de redactar un informe o llevar la contabilidad del negocio.

—No, no estoy de coña.

—Por supuesto. ¿Cómo puedo olvidarlo? Tú nunca estás de coña. —Levantó las manos intentando dar más énfasis a sus palabras.

Víctor era todo lo contrario, simpático y divertido. Los clientes siempre quedaban satisfechos pues su trato era cordial y amigable. Siempre positivo y dispuesto a ayudar, no tenía reparos en hacer todo tipo de trabajos.

—¡Va, no tienes gracia! Este cliente no se nos puede escapar por nada del mundo. Haré lo que sea, incluso bailar en la pista. —Víctor le miró sorprendido, nunca en toda su vida había visto bailar a su hermano y ni se lo llegaba a imaginar. Rio a carcajadas sólo con pensarlo.

El cliente llegó con algo de retraso, se saludaron efusivamente y encargaron la comida. No era prudente hablar de trabajo a la primera de cambio, así que Víctor, muy acostumbrado a negociar, llevó la batuta de la conversación y poco a poco fue conduciéndola hacia donde los dos hermanos querían que era conseguir que el cliente se comprometiera a viajar el mes siguiente a Valencia, visitar el local propuesto por ellos e invertir el dinero necesario para abrir un gimnasio de lujo en una zona privilegiada.

Después de la comida, el postre y los cafés, consiguieron que el cliente aceptase sus condiciones. Propusieron una fecha para viajar a Valencia e iniciar todo el papeleo.

Víctor se sentía satisfecho con el resultado, ese cliente había sido duro de pelar, había puesto infinidad de trabas que él había conseguido sortear con desparpajo. A partir de entonces quedaba mucho trabajo por hacer.

2

Y nos dieron las diez



Luna se despertó muy temprano, tan sólo era miércoles y ya estaba agotada. Llevaban unos días de locos en la oficina con los preparativos del inminente viaje de su jefe a Valencia para preparar un nuevo gimnasio con el que los hermanos Amorós expandirían su negocio.

Se miró al espejo, sus ojos estaban casi cerrados por el sueño, le costó mucho abrirlos y conseguir fijar la mirada.

«Madre mía, qué horror», pensó al verlos hinchados y las negras ojeras. Esas eran las consecuencias de hacerle caso a Lola y salir a tomar una copa un día de diario. Se regañó mentalmente por dejarse convencer por la descerebrada de su amiga.

Abrió el armarito del baño y sacó el neceser donde guardaba todas sus pinturas. Las colocó sobre la encimera del baño y comenzó la ardua tarea de restauración. Corrector de ojeras, maquillaje, colorete, delineador de ojos, máscara de pestañas y un tono rosado y suave en los labios. Tiempo invertido, miró el reloj del móvil, ¡un cuarto de hora! Dio un grito de sorpresa al ver lo que había tardado en maquillarse y salió disparada del baño.

«Llegaré tarde», se dijo y esto consiguió ponerla mucho más nerviosa. Abrió el armario y escogió la ropa: una falda negra de vuelo que le llegaba hasta debajo de las rodillas y una blusa roja. Se puso las medias, los zapatos de tacón y de nuevo se miró en el espejo para ver el resultado final. Quedó bastante satisfecha,

esa blusa siempre le había quedado como un guante, su escote resaltaba sus pechos y el color rojo le favorecía.

Desayunó un café bien cargado. Miró el pan integral que estaba sobre la encimera de la cocina, abrió la bolsa y soltando un fuerte resoplido, la cerró de nuevo. Estaba harta de comer cosas light, desnatadas, sin sabor, sin sustancia; «en fin, asquerosas», pensó. Abrió el armario y sacó dos magdalenas. «A la porra la dieta», se las comió saboreándolas, gozando de su sabor y sin sentirse culpable.

Luna siempre había sido una niña gordita. Cuando llegó a la adolescencia intentó perder peso con dietas con las que pasaba un hambre atroz y horas de duro ejercicio, pero nada le daba resultado así que, finalmente y ya en la edad adulta, decidió rendirse. De vez en cuando volvía a hacer régimen, pero estaba ya tan cansada de privarse de las cosas que más le gustaban que capitulaba a la primera de cambio. Total, tampoco estaba tan mal. Qué más daban unos pocos kilos de más, si bien repartidos le hacían hasta resultar más atractiva.

Salió precipitadamente de casa, casi a la carrera. Estaban a principios de agosto, muchos madrileños disfrutaban de sus vacaciones y eso se notaba, daba gusto pasear por la calle. Las suyas habían terminado hacía tan sólo una semana. Suspiró al recordarlas, ese año habían sido de las mejores que había pasado en su vida pues había cumplido su sueño de viajar a Nueva York.

El metro le pillaba muy cerca de casa y a toda prisa llegó hasta el andén. En diez minutos estuvo en su parada y en cuanto se abrieron las puertas de nuevo echó a correr.

Agradeció salir del sofocante bochorno del metro al alcanzar la calle. Sonrió al pensar que dentro de poco no tendría que viajar más en ese medio de transporte porque tendría su propio coche. No sería uno de esos caros y lujosos no, sería uno pequeño, confortable y por supuesto con aire acondicionado. Se terminaría el pasar calor apretada entre el cristal y el cuerpo sudoroso de algún que otro pasajero.

Llegó justita a la oficina, tomó el ascensor que a esas horas estaba abarrotado por el personal que iba llegando a trabajar y alguno de los clientes del gimnasio. Otra vez se veía aprisionada

entre cuerpos sudorosos. Cuando llegó a su despacho se dejó caer sobre la silla y disfrutó por unos minutos del aire acondicionado.

Se entretuvo colocando documentación y cuando miró el reloj de su móvil vio que ya eran más de las once, hora del café, pero ella decidió cambiarlo por una pequeña escapadita para ver a su amiga Lola.

—Hola, guapa —le dijo esta cuando atravesó la puerta.

—¡Qué calor hace! —Le dio dos besos y entró en busca del chorro del aire acondicionado.

Lola estaba peinando a Rosa, una señora ya entrada en años que todas las semanas iba a ponerse los rulos.

—Hola, guapa —le dijo—, este verano se presenta duro.

—Vaya, Rosa, ¿has cambiado de color? —Siempre lo llevaba rubio platino, pero esta vez lo tenía casi castaño.

—Sí, me han dicho que este hace más joven. ¿Tú qué opinas?

—Que estás preciosa —le dijo mientras le daba un beso en la mejilla.

Rosa era para las chicas como su madre, siempre atenta y preocupada, incluso les traía táperes que preparaba para ellas porque decía que no se alimentaban en condiciones.

—Tienes mala cara. ¿No has dormido bien? —preguntó Rosa preocupada.

—Qué va, ha sido culpa de esa petarda. —Señaló a Lola—. Se empeñó en salir anoche y al final me acosté a las tantas.

—Hacéis bien, hay que disfrutar —sentenció Rosa y Luna la miró con la boca abierta al ver cómo le daba la razón a su amiga.

—Mira que eres moderna, Rosita. —Lola sonrió satisfecha.

—Di que sí, tú dale alas a este pendón. —Las tres rieron.

—Mejor ser pendón que no una sosa —dijo Lola.

—Yo no soy sosa.

Luna miró el reloj de la peluquería y dio un fuerte respingo, al final llegaría tarde. Se despidió de las dos mujeres con dos sonoros besos en las mejillas y regresó a la oficina.

La mañana se pasó rápido, tenía mucho trabajo, su jefe se iba al día siguiente a Valencia y tenía que preparar todo lo referente al viaje: billetes de avión, la reserva en el hotel y la agenda para los meses que estaría fuera.

Hizo un breve descanso para comer un bocadillo que se había subido de la cafetería y continuó con su trabajo.

Luna siempre había sido una chica muy responsable. Era la típica niña que sacaba sobresalientes y llevaba siempre los deberes hechos. Cuando terminó sus estudios de Secretariado Internacional, con muy buenas notas, encontró enseguida trabajo. Estaba muy bien cualificada y en cuanto comenzó a trabajar y los hermanos Amorós vieron su eficiencia, la hicieron fija, no querían que se les escapase por nada del mundo.

La tarde se hizo igual de corta que la mañana y sin darse casi cuenta llegó la hora de marcharse a casa. Recogió sus cosas y cuando pasó por la puerta del despacho de Víctor vio la luz encendida. Normalmente salían los dos casi a la vez y le extrañó que estuviera todavía en su despacho.

Tocó en la puerta y asomó la cabeza. Víctor estaba sentado frente a su ordenador, se había quitado la chaqueta del traje y también se había remangado la camisa. Toda la mesa estaba llena de papeles y documentos. Se le veía estresado y nervioso, no paraba de pasarse las manos por el pelo que tenía todo alborotado.

—¿No se va todavía? —le preguntó con el tono formal con el que tenía costumbre.

—Ah, hola. —Estaba tan enfrascado en su trabajo que hasta entonces no se había dado cuenta de que ella le estaba mirando desde la puerta—. ¿Me decías algo?

—Sí, le preguntaba que si no se iba a casa.

—No puedo. —Golpeó la mesa con impotencia—. Tengo que terminar. Tantos papeles... —tomó un montón de ellos en su mano y se los mostró— ...me están volviendo loco.

Luna suspiró, Víctor era un auténtico desastre, siempre perdía la documentación, revolvía los informes y no era capaz de dejar un archivo colocado. Lo dejaba todo desordenado y luego ella tenía que arreglar sus desastres.

Se quitó el abrigo y lo dejó sobre el sofá del despacho.

—Oh... no, no, Luna, por Dios, tú márchate, es la hora. No quiero que por mi culpa...

—No se preocupe. Entre los dos terminaremos antes.

Víctor claudicó, sabía que sin ella estaba perdido.

Luna se puso manos a la obra; colocó toda la documentación y así facilitó la tarea. Los dos trabajaron codo con codo y a eso de las diez ya tenían casi todo el trabajo terminado.

Víctor se desperezó y estiró los brazos, estaba entumecido de estar todo el día frente al ordenador.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó mientras se levantaba de la silla en la que llevaba horas sentado.

Luna que estaba tecleando en el ordenador, paró y le miró sonriente.

—La verdad es que me vendría bien, tengo la garganta seca.

Víctor abrió un armario y sacó una botella de vino.

—¿Te gusta el vino?

—Sí, me encanta. Pero no sé si debemos...

—Va, tonterías, una copita no hace daño.

Descorchó la botella y Luna se quedó mirando la etiqueta, era un rioja y de los caros.

Continuaron con el trabajo mientras tomaban una copa de ese magnífico vino que le dejaba un buen sabor en la boca.

—Está muy bueno —dijo él sonriendo.

Sin darse cuenta se habían bebido la botella entera. No estaban borrachos, pero el alcohol les había desinhibido y el ambiente se había caldeado sin darse cuenta.

Luna se sentía como en una nube, no estaba acostumbrada a beber y el alcohol siempre le afectaba.

—Creo que ya hemos terminado —dijo—. Será mejor que nos marchemos, se ha hecho muy tarde y la verdad es que estoy muy cansada. Anoche salí con mi amiga Lola y nos acostamos muy tarde... —Hablar sin parar, como una auténtica cotorra, era otra de las consecuencias de beber más de la cuenta.

Él no decía nada y Luna extrañada por su mutismo levantó la mirada de los papeles y le miró para ver qué era lo que le mantenía tan callado.

Víctor estaba totalmente embelesado observando su escote, como si fuera lo más maravilloso que había visto en su vida. Luna bajó su mirada y se sobresaltó al darse cuenta de que se le había desabrochado un botón de la camisa y quedaba a la vista gran parte de su sujetador.

Se puso colorada y cerró su escote con tal rapidez que en su prisa por hacerlo le golpeó en la barbilla.

—¡Joder! —gritó él.

—¿Te he hecho daño? —Sin darse cuenta había dejado los formalismos a un lado y le había tuteado por primera vez.

—No.

Víctor la observaba de una forma extraña, como si fuese la primera vez que la veía.

—¿Pasa algo? —le preguntó, nunca en todo el año que llevaba trabajando para él la había mirado así.

—Eres tan bonita —le dijo como extrañado.

Todo fue tan rápido que apenas pudo reaccionar. En un momento Víctor la estaba mirando como si fuese un extraterrestre y al segundo se había lanzado sobre su boca. Tomó sus labios entre los suyos y Luna se dejó llevar, los abrió y dejó que la lengua de él invadiese su espacio. Él le agarró la cara entre las manos y se la inclinó hacia un lado para tener mejor acceso a su boca. Un gemido salió de la garganta de Luna, sabía tan bien, besaba tan bien.

—Esto... no está bien —dijo sobre su boca, pero casi sin convicción.

—Esto está muy bien —dijo él que retiró sus labios de los de ella para posarlos sobre su garganta.

Recorrió su cuello con sus labios, con su lengua, lo mordisqueó y Luna se estremeció.

Luna sin ser consciente de lo que hacía, le sacó la camisa del pantalón e introdujo sus manos para tocarle. Pasó sus manos por su pecho, por su vientre, estaba tan duro, tan suave, tan magnífico. Era como se lo había imaginado, fuerte y musculado, un cuerpo perfecto.

Víctor suspiró, sus caricias le gustaban. Ya no había marcha atrás, nunca pensó que eso podía ocurrir, no lo planeó aunque, si era sincero, lo había deseado más de una vez. Ella le atraía, sus ojos expresivos e inteligentes, azules como el cielo, le miraban siempre atentos. Cuando su boca perfecta y rosada le sonreía, él se derretía. Cuando movía las caderas al caminar con ese vaivén le provocaba imágenes calenturientas de las que ella no era consciente. Cuando se inclinaba cerca de él y sentía su perfume

afrutado, sus sentidos se alteraban de tal manera que nada le importaba, tan sólo ese aroma.

—Sólo una vez —le dijo como una promesa.

—Sí, sólo una. —Así lo pensó ella también.

La follaría sólo una vez, después olvidarían lo ocurrido y continuarían como siempre, con su relación jefe-secretaria.

Víctor estaba tan convencido de lo que iba a hacer que ya no tuvo dudas ni miedos. Entonces fueron sus manos las que sacaron la camisa de ella del interior de su falda y se la quitó por encima de la cabeza.

—¡Dios! —exclamó con satisfacción al ver los pechos de Luna embutidos en un discreto sujetador, sencillo, sin encajes ni transparencias pero perfecto para sostener esos maravillosos senos. Tan apetecibles que Víctor sintió cómo su pene ya enhiesto se endurecía mucho más.

Bajó su boca y tomó uno de sus pezones a través de la tela que se humedeció en contacto con su saliva. Luna dejó caer su cabeza hacia atrás y jadeó.

Con manos temblorosas lo desabrochó. Al verla desnuda sus ojos brillaron de excitación. Eran perfectos, redondos, del tamaño exacto que a él le gustaba. Los tocó con suavidad, como con miedo a que desapareciesen de repente y no pudiese saborearlos. Su tacto aterciopelado, suave, delicado le obligó a gemir y a buscar de nuevo con su boca tan dulce manjar. Los recorrió con su lengua, sus labios, restregó su mejilla áspera por la incipiente barba dejando un rastro rojizo sobre la piel blanca de Luna.

—¡Oh! —exclamó ella. Era tan excitante.

Víctor buscó la cremallera de su falda y cuando la encontró la bajó muy despacio, sin prisa, mientras saboreaba sus pechos. La falda cayó al suelo y entonces la tomó entre sus brazos y la depositó con suavidad sobre el sofá.

Luna se recostó y le miró con los ojos cargados de deseo. Él no se hizo esperar, se puso de rodillas entre sus piernas y con suavidad acarició sus caderas. Con veneración Víctor pasó las manos por los muslos de Luna, mientras miraba cómo ella se retorció, gemía y se mordía el labio insinuándose descaradamente.

Estaba tan caliente que ya no podía esperar más, esa mujer era un volcán y él se iba a quemar en su fuego.

—Sabía que eras perfecta, sabía que tu sabor era delicioso, sabía que eras sensual... —su voz era ronca, excitante y Luna sintió cómo se humedecía.

Le bajó las braguitas y después de lanzarle una mirada cargada de promesas que cumpliría pasase lo que pasase, se lanzó sobre su clítoris y lo saboreó. Ella estaba preparada y él no quería hacerla esperar más. Se bajó el pantalón y los calzoncillos y, sin darle tregua a pensar nada más, entró en su interior.

Luna le recibió con un profundo gemido que provocó otro en él, fuerte e intenso.

Se movía con soltura, con precisión, llegando profundo y provocando en ella fuertes oleadas de placer.

Víctor no quería ni podía apartar sus ojos de Luna, se la veía tan hermosa. Tenía sus ojos cerrados y los labios entreabiertos eran como un reclamo silencioso que Víctor no podía rechazar. Los trazó con su lengua, los mordió con suavidad y finalmente entró en su boca, devorándola.

—Dios, Luna... —susurró con voz erótica y sensual contra sus labios. Los gemidos de ella le estaban volviendo loco.

Víctor se movía lento, muy lento y Luna se estaba desesperando. Alzaba sus caderas para recibirle y con sus manos acariciaba sus nalgas y las presionaba en un intento de que él llegara más profundo, más dentro.

—Más... más —suplicó con la voz entrecortada. Casi no se reconocía, normalmente era recatada y totalmente silenciosa pero él despertaba todos sus instintos, sus deseos más primarios.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Víctor con tono provocador, insinuante. Aunque era una pregunta sin sentido, pues sabía perfectamente lo que ella deseaba y se lo iba a dar, entonces comenzó a moverse más y más rápido, más y más dentro—: ¿Es esto?

—Sí, sí —dijo entre jadeos.

Luna sintió cómo el placer crecía al ritmo de sus embestidas cada vez más fuertes y profundas. Todo su cuerpo se preparaba, se disponía a disfrutar de un clímax intenso. Gritó, no pudo contenerlo, no fue capaz de parar el chillido que se escapaba de su garganta. Tembló y devoró la boca de Víctor.

«Ahora», pensó Víctor y se dejó llevar, embistió con fuerza un par de veces más. No fueron necesarios más movimientos para descargar con fuerza su simiente.

Se dejó caer sobre el cuerpo de Luna. Levantó la cabeza y posó su frente sobre la de ella. Lanzándole una brillante sonrisa le dijo:

—Ha sido increíble, ¿no crees? —Su voz sonó ronca y erótica. Luna se estremeció. Todo en él la provocaba, la excitaba, parecía no ser consciente de lo increíblemente *sexy* que era, le salía de forma natural.

Por un breve instante Luna sonrió al recordar la sensación tan agradable que acababa de saborear y se rindió a ese placentero letargo que se experimenta después de tener un orgasmo épico y maravilloso. Pero de repente, sin saber el porqué, todo cambió y un terrible sentimiento de arrepentimiento se apoderó de ella. Le miró como si se hubiese vuelto loco, comenzó a sentir un calambre en la pierna derecha e intentó salir de debajo del pesado cuerpo de Víctor.

Le empujó con todas sus fuerzas, necesitaba quitarse ese peso muerto que la impedía casi respirar y le estaba provocando un ataque de pánico. Pero lo más desesperante, lo peor de todo, era que de pronto se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir, de lo que habían hecho. Deseó con todas sus fuerzas poder dar marcha atrás en el tiempo, regresar al momento exacto en el que todo se había descontrolado, ese instante en el que se había dejado llevar por el deseo sin tener en cuenta nada, ni siquiera las consecuencias que traerían sus actos, pero eso era totalmente imposible. Se sintió frustrada, desesperada. La boca se le secó y el corazón comenzó a latirle tan rápido que temió que se saliera de su pecho.

Cerró los ojos con fuerza, no quería seguir viendo la sonrisa brillante de su jefe. «Dios, ¿qué he hecho?», pensó desesperada y al ver esa estúpida sonrisa la furia comenzó a crecer y crecer dentro de ella, una ira intensa. «Pero, ¿de qué narices se ríe este cretino?», se dijo. Era desesperante, ella se sentía fatal y en cambio Víctor reía como un loco.

—Necesito... quita... —Le faltaba el aire y casi no podía respirar. Continuó empujándole pero era tan pesado que apenas se movía.

☞ Me quedo contigo

—¿No crees que ha sido maravilloso?

«Pero ¿este tío es tonto?», pensaba ella. Necesitaba espacio y salir corriendo para esconderse en algún lugar recóndito donde nadie la pudiera encontrar.

—¡No puedo respirar! —gritó con el poco aire que le quedaba en los pulmones.

Por fin Víctor se dio por enterado y se levantó.

Logró respirar con normalidad y tomó aire con fuerza. Él la miraba sin dejar de sonreír y ella, avergonzada, intentó cubrir su desnudez con sus manos.

—No hace falta que te tapes, ya he visto todo lo que escondes bajo la ropa.

Los ojos de Luna se abrieron como platos y se sonrojó.

«¡Oh Dios, oh Dios! ¿Qué he hecho?», seguía diciéndose, su cabeza era un torbellino de pensamientos. ¿Cómo había dejado que eso ocurriese? Se sentía tan avergonzada.

—Lo mejor será olvidar lo que ha pasado. —Luna decidió hacer frente a la situación, aunque fuera de una manera cobarde.

Víctor arrugó la frente.

—¿Tan horrible ha sido para ti? —preguntó preocupado. La había oído gemir, suplicar, parecía haber disfrutado tanto como él que no entendía su enfado.

Luna se vistió con rapidez y sin apenas mirarle.

—No... pero...

Víctor continuaba medio desnudo sentado sobre el sofá, su sonrisa se había esfumado. No entendía por qué ella no se sentía feliz y contenta después del momento glorioso que habían compartido. Hacía mucho que no lo pasaba tan bien con una mujer, que no disfrutaba tanto y eso que había sido un «aquí te pillo, aquí te mato».

—¡Víctor, vístete inmediatamente! —le gritó ella.

Se levantó del sofá y comenzó a vestirse como un autómatas, pero cuando fue a subirse el pantalón se paró en seco y furioso la miró.

—¿Se puede saber qué narices te pasa?!

—No te entiendo. —Luna que estaba delante de un espejo pasándose las manos por su pelo enredado, se volvió a mirarle

con estupor—. ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿No te das cuenta de lo que acaba de pasar?

—¿Que has echado el polvo más fantástico de toda tu vida?

—Tú... tú... —No podía creerse lo que ese hombre estaba diciendo—. ¿Qué sabes tú de los polvos que yo he echado?

—Nada, ni quiero, pero cariño, tus ojos y tu boca, la forma en la que te movías y gemías e incluso tus gritos de placer...

—¡Para, cállate! —Luna se tapó los oídos. No quería escucharlo, se sentía tan avergonzada y él hablaba de ello con tanta naturalidad que estaba consiguiendo sacarla de sus casillas.

—Sí, cariño, has gritado cuando te corrías y te ha gustado tanto que deseas repetir. —Se acercó a ella como un gato lo haría con el ratón que piensa comerse, despacio, sin hacer ruido, sigilosamente y relamiéndose de gusto. Intentó cogerla de la cintura para acercarla a su cuerpo, pero ella le rechazó dándole un fuerte empujón.

—¡No, eso no es cierto!

—Vale, lo que tú digas. —Su sonrisa era descarada y sus ojos brillaban divertidos.

Luna se enfureció, él parecía disfrutar de la situación, lo pasaba bien haciéndola sufrir.

«Maldito arrogante», pensó enfadada.

«¿Hacerlo otra vez? Ni por todo el oro del mundo. Ha sido un error, uno que no volveré a cometer nunca», pensó Luna.

Salieron del despacho, él no paraba de mirarla pero Luna rehuía sus ojos e intentaba no rozarle. Se encaminó hacia la boca de metro y Víctor la agarró con fuerza del brazo.

—¿Dónde vas?

—Al metro. —Miró la mano con la que la tenía sujeta y luego le miró a él con rabia—: ¡Suéltame! —gritó.

—Te llevaré a casa.

—No hace falta, puedo ir yo sola.

—Son más de las once de la noche.

—¿Y? —Luna cruzó los brazos, daba pequeños golpes en el suelo con la punta de su zapato, se la notaba tensa y furiosa.

—Es muy tarde para que andes sola por la calle.

—¿Pero tú que te has creído? Soy una mujer adulta, sé cuidar de mí misma. —Le miró con la boca abierta, totalmente

sorprendida. ¡Era increíble! Ahora la trataba como si fuese una chiquilla.

—No seas cabezona. Yo te llevaré. —Víctor estaba comenzando a perder la paciencia. ¿Pero qué narices le pasaba a esa mujer?

Tiró de ella y casi a rastras la llevó hasta su coche. Luna estaba muy enfadada y lo que más le molestaba era que él tuviera razón, había sido el mejor polvo de toda su vida. Lo había disfrutado, sentido, deseado, pero... «no, no y no, es tu jefe», se repetía una y otra vez intentando convencer a su lado más insensato.

«No puedes tirarte a tu jefe, no está bien», mantenía una lucha interna que amenazaba con volverla loca.

«Ya lo podías haber pensado antes», le dijo el demonio que siempre se posaba sobre su hombro derecho.

Víctor, ajeno a la disputa que ella mantenía dentro de su cabeza, abrió la puerta.

—Entra en el coche —la exigió.

—No.

—Sube, Luna —dijo con toda la paciencia que pudo y que se le estaba agotando.

—No.

—¡Sube al coche ya! —gritó.

Luna se plantó con los brazos en jarras, mirada desafiante y le dijo:

—Antes de nada quiero dejarte claras algunas cosas. Punto uno: entro en tu coche porque no quiero dar un espectáculo. —Señaló a los dos hombres y la mujer que estaban fuera del bar que había frente a la oficina fumando un cigarro y desde que habían salido no les quitaban el ojo de encima. Absortos en la discusión de la pareja, para disimular, habían encendido otro cigarro—. Punto dos: a partir de este momento volveremos a tener el mismo trato de antes de que tú y yo... ya sabes. Y punto tres: no quiero hablar del tema nunca, jamás, ¿entendido?

Víctor se permitió el lujo de sonreír aun a sabiendas de que a ella no le gustaría mucho su gesto, pero no lo pudo evitar. Era consciente de que su secretaria tenía mucho carácter, ya lo había demostrado en algunas ocasiones con algún cliente que se había sobrepasado o con algún distribuidor que no cumplía

lo acordado, pero ese derroche de temperamento le sorprendió muy gratamente.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó—. Creo que no tiene ninguna gracia.

—Perdona, lo siento —dijo intentando ocultar su risa. ¡Cómo le ponía verla así!

—Mientes, no lo sientes en absoluto. —La sonrisa pícaro de él se lo confirmó.

—Anda, sube al coche y vámonos, ya tenemos suficiente público, ¿no te parece?

Casi todos los clientes del bar estaban en la calle contemplándolos como si estuvieran viendo una película.

Luna se sentó por fin y cerró dando un fuerte portazo.

—Se terminó el espectáculo —dijo Víctor antes de subir al coche a los clientes del bar, que parecían defraudados porque finalmente la chica hubiera cedido terminando con la diversión de un portazo.

Víctor acompañó a Luna a su casa y permaneció todo el trayecto en un silencio total.

—¿No piensas volver a hablarme nunca más? —dijo Víctor. Él no había dejado de sonreír ni ella de resoplar furiosa cada vez que le miraba de reojo y veía esa estúpida sonrisa resplandeciente en su cara.

—Le hablaré cuando sea necesario, ahora no tengo nada que decirle.

—Veo que volvemos a los formalismos.

—Por supuesto, tan sólo soy su secretaria.

—Oh, vamos, Luna, después de lo que ha pasado...

—Creo que dejé bien claro que no quiero hablar del tema —le interrumpió.

Víctor decidió cerrar la boca de nuevo, por ahora sería lo mejor. Al día siguiente se iba a Valencia y pasarían casi tres meses hasta que regresara, tiempo suficiente para que a ella se le pasase el enfado y volvieran a tener la misma relación que tenían antes del estupendo polvo que acababan de echar. Al menos así lo creía.

3

Hoy no me puedo levantar



«Joder, joder, joder», se repetía Luna una y otra vez. ¿Cómo había caído como una tonta en los brazos de su jefe? Parecía el título de una novela de esas románticas que tanto le gustaban a su amiga Lola. Pensando en ella, decidió llamarla, necesitaba hablar con alguien y contarle lo absolutamente estúpida que se sentía. Pero llamar a Lola era peligroso porque seguramente que a ella le iba a parecer supermegafantástico que se hubiese liado con el «jefe macizo de culito prieto», así que decidió irse a la cama y no contar nada de lo sucedido.

Se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el sofá, sus zapatos de tacón quedaron olvidados en el suelo de la entrada y según se acercaba al cuarto de baño se iba desprendiendo de la ropa. Tenía ganas de llorar y cuando se miró en el espejo del baño lo hizo.

«Idiota, estúpida, ¿cómo has podido?». Había cumplido uno de sus sueños secretos, tirarse a su jefe, pero ahora se sentía vacía, sucia. No existía, ni existiría nunca, nada entre ellos. Él estaba a otro nivel, al menos así lo sentía ella. Era inalcanzable, totalmente imposible y si quería continuar con su trabajo y mantener su cordura tenía que olvidarse de todo y borrar toda huella de sus labios, de sus caricias. Tenía que dejar guardado todo lo que había sentido en un rincón de su mente, así como hacía con los recuerdos de todas aquellas cosas que no es necesario tener presente para continuar adelante.

Se pasó un algodón impregnado en su crema desmaquilladora preferida, una de esas caras, nunca se permitía muchos caprichos, pero sus cremas eran sagradas. Cada vez que pasaba el algodón e iba borrando las huellas del maquillaje, pensaba que quizá también podría borrar las marcas que él había dejado sobre su piel. Se miró comprobando que estaba totalmente desmaquillada y su piel estaba perfectamente limpia, pero el olor y la marca que sus caricias habían dejado sobre su cuerpo permanecían intactas. Se dio la crema de noche y de nuevo miró su imagen en el espejo.

«Olvida todo lo que ha pasado», se dijo y se prometió cumplirlo pasase lo que pasase.

Esa noche después de dar vueltas y vueltas consiguió dormirse, pero con una terrible sensación de que ya nada sería igual. A partir de entonces su vida iba a cambiar, de eso no cabía ninguna duda.

Cuando se levantó y recordó todo lo ocurrido quiso volver a meterse en la cama, arrojarse hasta la cabeza y quedarse ahí metida durante el resto de su vida. Pero no podía hacer como las avestruces que meten la cabeza bajo la tierra porque creen que así el peligro se esfumará. Así que tomó aire con fuerza, salió de la cama y decidió afrontar lo que el día le deparase.

Recordó que por suerte su jefe se iba temprano a Valencia y que durante tres meses no tendría que cruzarse con él. Eso le ayudaría y mucho. Quizá cuando él regresara ya estaría todo superado y olvidado.

Llamaron a la puerta y se apresuró a abrir.

—Hola, preciosa —le dijo Lola—. ¡Mira lo que he traído! —Le mostró el paquete que llevaba en la mano. Luna se relamió de gusto al ver un montón de magdalenas enormes y esponjosas con grandes trozos de chocolate negro. Le dio un beso en la mejilla y la invitó a entrar.

Ya en la cocina, se sirvieron dos tazas de chocolate caliente. Lola tomó una de las magdalenas y la desmenuzó dentro de la taza. Hizo una especie de papilla espesa bajo la atenta mirada de su amiga asombrada por la capacidad de esta de consumir ingentes cantidades de comida y no engordar ni un gramo. Se

llevó una enorme cucharada a la boca y paladeó con placer el intenso sabor a chocolate caliente y dulce.

Luna, sin embargo, se limitaba a remover con la cuchara, tenía la mirada perdida y estaba totalmente sumida en sus pensamientos.

—¿Qué pasa, no comes? —La miró preocupada. Eran las preferidas de Luna, siempre se pirraba por esas magdalenas y ni siquiera las había probado.

—No tengo mucha hambre.

—Oh, nena, eso es muy raro.

Luna suspiró y continuó moviendo la cucharilla dentro de la taza.

—A ti te pasa algo.

—No... es sólo que no he dormido muy bien. —Luna añadió dos cucharadas bien colmadas de azúcar a su chocolate y lo movió de nuevo con tal intensidad que se le derramó un poco y tuvo que limpiarlo con una servilleta.

—¿No crees que te estás pasando con el azúcar?

—Puede.

—Luna... —Algo le ocurría, nunca había sabido disimular—. Tú a mí no me engañas. Nos conocemos y sé perfectamente que me estás ocultando algo.

—¡Que no!

—Luna, mírame a los ojos.

—¡Qué pesada eres!

—Lunaaaa...

Lola era como un sabueso, cuando le llegaba el olor de alguna noticia o cotilleo seguía su pista hasta averiguarlo todo.

—Si te lo cuento, promete que no vas a abrir la boca, ni opinar, ni meterte en mis cosas.

—Te lo prometo. Palabrita del niño Jesús.

—Anoche... ¡Uf! Anoche...

—Madre mía, chica, dilo ya.

—Anoche me acosté con mi jefe.

—¿Cómo?!

—¿Te lo tengo que repetir?

—¡Oh, Dios mío!

Como había prometido no preguntar, ni comentar nada, se mordió la lengua con tal fuerza que se puso colorada. Deseaba saber tantas cosas que le pareció que la cabeza le estallaría.

Comenzó a devorar otra magdalena, se la metía en la boca y masticaba en total silencio. Estaba haciendo un gran esfuerzo por no preguntar nada, por no decir nada, un esfuerzo sobrehumano, uno que le hacía retorcerse nerviosa y excitada.

—¡Joder, Luna! ¿Con «culito prieto»? —estalló de repente.

—No, si ya sabía yo que no ibas a poder estarte calladita y sin preguntar.

—Te juro que he aguantado todo lo que he podido, lo he intentado, pero no puedo. Por favor, Luna, cuéntame algo... un poquito. Porfa, porfa, porfa... —Hizo pucheritos.

—Eres una cotilla enfermiza. —Luna no pudo evitar soltar una carcajada al ver las miraditas que ponía su amiga.

—Un poquito, sólo un poquito.

Después de tanta insistencia Luna le contó todo con pelos y señales. Desde que entró en el despacho de Víctor, hasta que la llevó a su casa, por supuesto saltándose los momentos más escabrosos.

—Pero, Luna, ¿cómo puedes ser tan tonta?

—¿Tonta? ¿Por qué soy tonta?

—Te tiras al tío del culito prieto, disfrutas como una enana y luego le echas la charla y te arrepientes.

—¡Es mi jefe!

—¿Y?

—No tienes pudor ninguno.

—Mira, cariño, he aprendido algo en esta mierda de vida: disfruta todo lo que puedas, porque un buen día te vas al otro barrio y todo lo que tu cuerpo se lleve, será lo que te quede. —Lola había perdido a sus padres muy joven y eso le había marcado mucho. Un terrible accidente de tráfico le quitó lo que más amaba. Eso le enseñó una dura lección que nunca olvidaría, que en un solo instante lo puedes perder todo. A partir de entonces su filosofía de vida cambió: haz lo que te pida el cuerpo, cuando te lo pida y sin pararte a pensar en las consecuencias.

—Sí, claro, pero... ¡Es mi jefe!

Lola quitó el envoltorio de su ya cuarta magdalena. «¿Cómo lo hace?», pensaba Luna al mirar cómo su amiga devoraba. Si ella se comiera tan sólo la mitad de lo que zampaba Lola estaría como una bolita redonda y, sin embargo, ella mantenía un tipito perfecto.

—Sí, la verdad es que eso es una putada... —Se quedó pensativa—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Si te digo que no, ¿serviría de algo?

—No.

—Dispara, entonces.

Su mirada pícara hizo que Luna se imaginara cuál iba a ser la pregunta.

—¿Tiene el culito tan duro como parece?

—¡Mira que eres burra! —Se levantó de un salto y comenzó a recoger. Le lanzó una sonrisa enorme—. Tan sólo te diré una cosa. —Suspiró y cerró los ojos para recordar con más fuerza—. Es mucho mejor de lo que yo esperaba. Duro no, durísimo. —Luna lanzó una fuerte carcajada y Lola la siguió.

—Entonces mereció la pena.

La afirmación de su amiga le hizo recapacitar, quizá ella tenía razón, no debía darle más vueltas. Lo que pasó, pasó y ya no tenía remedio. Lola tenía un don especial, conseguía alegrarle la vida y ayudarla, sin siquiera proponérselo, a superar todos sus temores. Como siempre, había conseguido sacarle una sonrisa.

—Gracias —dijo Luna y le dio un fuerte abrazo.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo lo haces, pero contigo los problemas parecen menos problemáticos —rio ante su juego de palabras.

—¡Anda ya, tontita! No te pongas tan sensiblera que sabes que soy de lágrima fácil. Ponte guapa y vámonos, que vamos a llegar tarde.